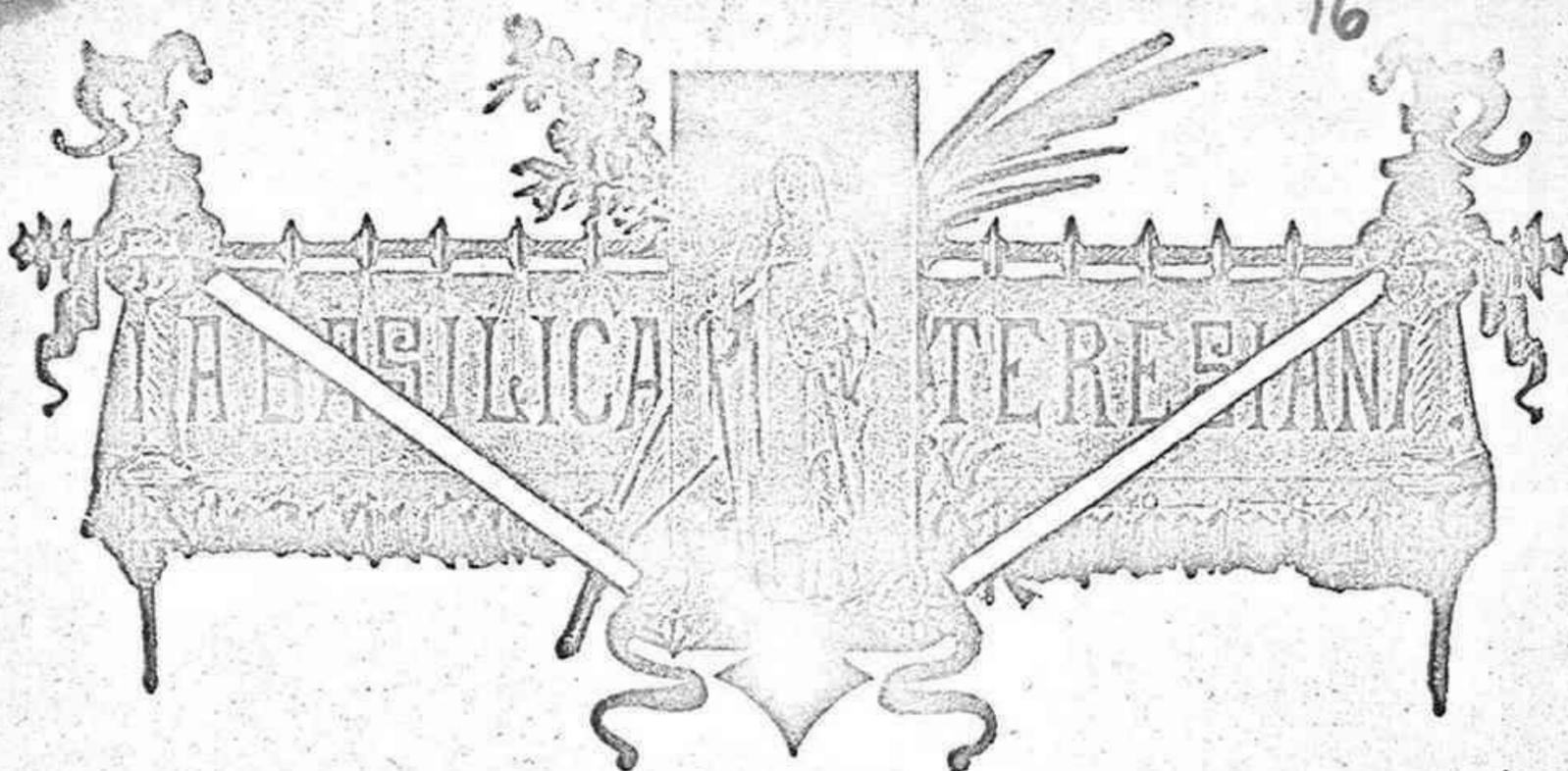


Rev $\frac{409}{16}$



DIRECTORA

La Serenísima Sra. D.^a María de la Paz de Borbón de Baviera

INFANTA DE ESPAÑA

Núm. 84

Salamanca 15 de Enero de 1913

Año VIII

DE MI VIDA

IMPRESIONES



CUANDO vivía María Teresa, yo no notaba la distancia que me separaba de mi hijo Fernando. Donde estaba ella estaba yo también; pero ahora...! Comprendo muy bien que mi hijo quiera seguir empapándose y respirando la atmósfera de paz y de cariño que ella nos dejó. «Todo recuerdo de ella», me escribe, «es hermoso y lleno de poesía, y lo que para otros es un sufrimiento, para mí es un consuelo».

La despedida del último año que pasaron juntos en la tierra ha sido verdaderamente triste para él. En la capilla de Palacio, colocado en el fondo de la tribuna, oculto a las miradas de las gentes, pensaba mi pobre hijo en que el año anterior, justamente en ese mismo sitio y a esa misma hora, María Teresa estaba rezando por

él que iba camino de Melilla. «¡Cuántas cosas han pasado desde entonces!» me dice. Sin embargo, no se revela; no tiene otra aspiración que la de cumplir lo mejor posible su misión sobre la tierra.

El día de Noche Buena, cuando después de rezar como siempre por su madre, duermen ya sus hijos, se pone a escribirme esperando a que llegue la hora de la Misa del Gallo. ¡Qué carta, Dios mío! Tiene escrúpulos de haber hecho pasar mal rato a la Reina Cristina, porque le pidió que fuera a repartir los juguetes a sus nietos para que notasen menos la ausencia de su madre.

«Estoy solo», me dice, «y mientras escribo estos renglones llega a mis oídos el ruido de los chicos que recorren las calles con zambombas y rabeles. En miles de hogares reinará a estas horas la felicidad más completa; Dios se la conserve; que nadie sabe lo que es la felicidad hasta que no la pierde. Cuántos pobres hay que miran con envidia al rico y no piensan que la muerte no respeta ni al uno ni al otro; que para ella todos somos iguales y las penas son también iguales para todos».

Leo estas cosas y en medio de mi pena tengo que confesar que siento un gran consuelo. ¡No he de consolarme, cuando veo que en medio de su dolor no desea otra cosa sino que Dios conserve la felicidad a los demás! Hay mucha paz en su alma, una paz bendita que aun después de muerta le da María Teresa. «Lo que he tenido fué muy corto», dice, «pero hermoso; y lo pasado nadie me lo puede quitar; siempre lo recordaré lleno de agradecimiento hacia Dios y hacia ella». Y yo también estoy agradecida a Dios y a ella.

He dejado correr mi pluma porque sé que cuando de María Teresa y de sus recuerdos se trata los españoles y yo constituimos una gran familia. Y aunque eso no fuera, yo confieso que me es imposible, por ahora al menos, escribir impresiones de mi vida sin hablar de ella.

Metida dentro de mí misma, salgo poco, acorto lo que puedo mi paseo por el parque de Nymphenburgo, testigo tantas veces de la felicidad de mis hijos, y gusto de permanecer la mayor parte del día trabajando en mi cuarto. A lo mejor el timbre del teléfono que tengo sobre mi mesa interrumpe mi trabajo. Es mi hijo Adalberto que me pregunta desde su cuarto: «¿qué tal? ¿cómo estás? ¿quieres subir? Si vienes», me dice, «te leeré algo bonito». Yo, naturalmente, subo enseguida, recogiendo al paso a mi hija Pilar. Es un descanso para Adalberto, cuando ha terminado sus trabajos militares, dedicarse a la amena literatura, y nosotras escuchamos encantadas los libros que nos lee. «¿Qué autor quieres hoy?» suele preguntarme.

Tiene en su cabeza el catálogo de los numerosos libros que llenan sus estantes; los ha manejado todos y sabe exactamente dónde están.

Es muy cómodo, cuando uno va ya para viejo, emplear las inteligencias jóvenes de los hijos para revivir y comunicar impresiones instructivas y provechosas.

Los que viven en medio del torbellino de la vida de sociedad no conocen el placer que proporciona la lectura. Yo los compadezco, sé por experiencia el vacío que dejan en el alma ciertos pasatiempos. Por eso es para mí de gran tranquilidad el saber que mis hijos, con un libro por compañero, como ellos dicen, no se aburren, ni se aburrirán, aunque tuviesen que vivir en el lugar más apartado del mundo.

Mis nietos van sintiendo también afición a la lectura. Esa manifestación de su espíritu es una esperanza. Los veo rodeando a mi hija y diciéndole con su risita de ángeles: «Tía Pilar, leenos un cuento». Y la verdad es que escuchan con atención; lo cual es cosa muy importante. El interés que siento por los niños de mi *Pedagogium* me ha metido en estas cosas que llaman de pedagogía. Lo primero que debiera enseñárseles a los niños es a escuchar con atención. El saber escuchar es una ciencia. Yo aspiro a que los niños españoles que aquí educo, no se conformen con repetir las cosas como locos, sino que sepan dar cuenta de lo que han estudiado. Cuando se aprenda a saber leer, se leerá más y se hablará menos. Con ello ganará la Patria.

PAZ.





CARTA DE SANTA TERESA A D. DIEGO DE GUZMAN Y CEPEDA

SOBRINO DE LA SANTA

CONSOLÁNDOLE EN LA PRÓXIMA MUERTE DE SU ESPOSA

JESUS



La gracia del Espíritu Santo sea con vuestra merced y le dé el consuelo que es menester, para tanta pérdida, como al presente nos parece. Mas el Señor que lo hace, y nos quiere más que nosotros mismos, trairá tiempo, que entendamos era esto lo que más bien puede hacer a mi prima, y a todos los que la queremos bien; pues siempre lleva en el mejor estado.

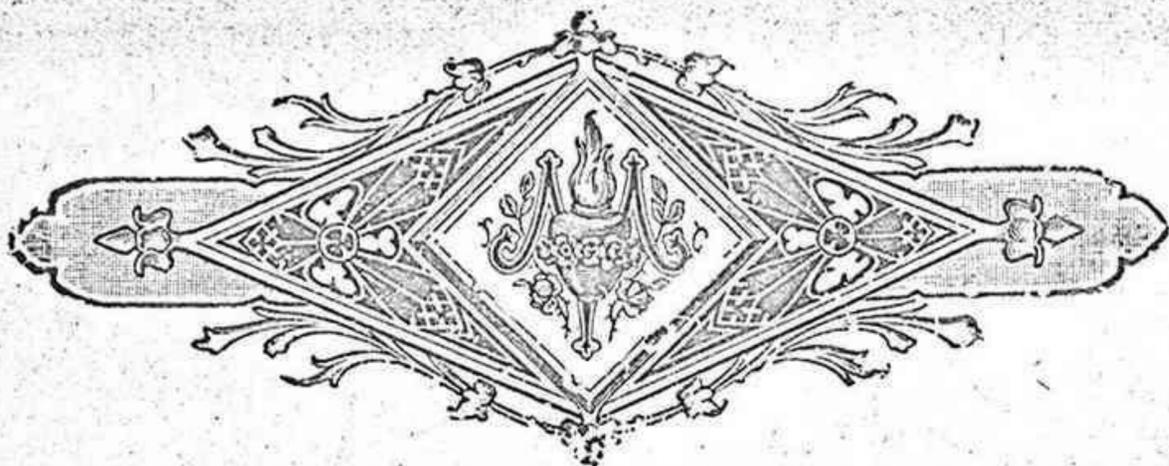
Vuestra merced no se considere vida muy larga, pues todo es corto lo que se acaba tan presto; sino advierta, que es un memento lo que le puede quedar de soledad, y póngalo todo en las manos de Dios, que su Majestad hará lo que más conviene. Harto gran consuelo es ver muerte, que tan cierta siguridad nos pone, que vivirá para siempre. Y crea vuestra merced, que si el Señor ahora la lleva, que terná mayor ayuda vuestra merced y sus hijas, estando delante de Dios. Su Majestad nos oya, que harto se le encomienda, y a vuestra merced dé conformidad con todo lo que hiciere, y luz para entender cuán poco duran los descansos ni los trabajos de esta vida.

Ahí llevan dos melones que hallé, no tan buenos como yo quisiera.

Indina sierva de vuestra merced.—TERESA DE JESÚS.



Adoración del Niño



JESÚS Y TERESA

Junto a las inquietas olas,
Del mar bravo a la ribera,
Está sentada una niña
Sobre la menuda arena.

Gime su alma enamorada,
Del gran Señor hecha sierva,
Su corazón por El late,
Por El trabaja, en El sueña,
Por El sufre y por El vive,
No vive si en El no piensa.

Clava en el cielo sus ojos,
Y la imagen delinean
Del Amado, caprichosas,
Las nubes que leves vuelan
Sobre las plumas del viento
Que con ellas juguetea.

Y hasta en la espuma de nieve,
Que forma la mar inquieta,
Observa grabado el nombre
Que su corazón venera.

Y lo murmura la brisa,
Y lo canta la ave bella,
Y el sol con líneas de fuego
Lo esculpe en la espesa selva
Entre sombras del ramaje,
Entre flores de oro y perlas.

Y el corazón de la niña,
Herido por suave flecha,
Ve la imagen, oye el nombre,
Y sonríe y goza y pena.

Mas de pronto su mirada
Pierde su noble viveza,

Y palidece su rostro,
 Calla, está inmóvil, no alienta.

Parece una estatua inerte...
 Dejadla, dejad que duerma,
 Que al morir para este mundo,
 Para su amado despierta
 Su corazón generoso,
 Que el santo amor enajena,
 Dejadla; derramad flores
 Sobre la amante doncella,
 Dejadla así, en su deliquio...
 Y que de amor desfallezca.

—
 ¡Oh! vedla cómo sonrío,
 Va recobrando fijeza
 Su mirada vacilante,
 Su mirada ya serena.

¡Oh! vedla cómo sacude
 El sopor, como la niebla
 Sacude, del sol herida,
 Vivificada la tierra.

Mas... ¿qué ve? Inocente niño
 De sedosa cabellera,
 Que junto al mar se entretiene,
 Que juguetea en la arena.

Parece un ángel del cielo,
 Sus ojitos dos estrellas,
 Y su vestidito nieve,
 Y sus manos par de perlas.

Bellos son todos los niños,
 Mas éste sobremanera;
 Y la niña extasiada
 Con interés le contempla.

¿Qué ha visto en él de notable,
 Que con invencible fuerza
 Corre hacia él desalada,
 A su encuentro corre, vuela?

Es que ha visto en su semblante
 El retrato del que aprecia,
 Y en sus ojos hay el fuego
 Que circula por sus venas.

—¿De dónde eres, tierno niño?

—Yo no soy de aquesta tierra.

—¿No tienes quien te recoja,

Quien te ampare, quien te quiera?

—¡Ah! ¡quién mira a un niño pobre!

—¿Y no hay quien se compadezca

De tu abandono y desgracia?

—No hay quien ame la pobreza,

No hay más protector que el cielo.
¡Si yo hallara un alma buena..!
—¿Quieres venirte conmigo?
Yo te sentaré a mi mesa.
Velaré junto a tu cuna,
Seré tu hermana y maestra.
—¿Nada más?—Nada más tengo.
—Yo quiero amor, que es quien temple
La sed que consume mi alma,
Amor que es fuente que riega
Mi corazón abrasado
De amor, de amor que me quema
—Pues bien; hallarás afecto.
El afecto que deseas.
En este mi pecho que ama.
Pero ahora me contestas:
¿Quién eres?—Antes responde:
¿Quién eres tú, alma perfecta?
—Soy Teresa de Jesús.
—Yo soy Jesús de Teresa.

U. F. de A.





AMBIENTE DE EDUCACIÓN



En el capítulo primero de la relación de su *Vida* hace Teresa de Jesús el retrato moral de sus padres Don Alonso y Doña Beatriz. Era don Alonso Sánchez de Cepeda—según dejó escrito su hija—«hombre de mucha caridad con los pobres y piedad con los enfermos, y aún con los criados, tanto que jamás se pudo acabar con él tuviese esclavos... Era de gran verdad. Jamás nadie le vió jurar ni murmurar; muy honesto en gran manera».

Su madre Doña Beatriz Dávila y Ahumada «también tenía muchas virtudes y grandísima honestidad; con ser de harta hermosura, jamás se entendió que diese ocasión a que ella hacía caso de ella; porque con morir de treinta y tres años, ya su traje era como de persona de mucha edad; muy apacible y de harto entendimiento» murió, como vivió, muy cristianamente.

Fueron buenos cristianos, de raza de hidalgos y rancios castellanos, sabedores de sus deberes educadores de su hija.

De tales padres, tales hijos; dicen todavía los castellanos viejos. «El tener padres virtuosos y temerosos de Dios,—escribe la Santa—me bastara, si yo no fuera tan ruin, en lo que el Señor me favorecía para ser buena». Sangre y nobleza obligan. Yo que suelo tener muy en cuenta cierta ejecutoría de sangre y árboles genealógicos de nobleza, me sorprende ver tan amenudo la virtud y el talento en maravilloso consorcio con razas y con sangres. Los padres son con frecuencia la profecía, o mejor estaría decir, la historia de los des-

tinios de sus hijos. En esto radica justamente la importancia suma de una buena educación. Los consejos y los ejemplos tuercen o enderezan los primeros movimientos del corazón. En el ambiente de rancio cristianismo de la casa paterna bebió Teresa, en su tierna infancia, sentimientos e ideas que constituyeron, andando los años, la más bella nota de su carácter. Ella no solía decir las cosas a humo de pajas, y muy prudente y sabia anduvo, ciertamente, cuando afirmó que el tener padres virtuosos y temerosos de Dios es un favor singularísimo del cielo. Pocas cosas se graban tan hondamente en el alma del niño como la religión de sus padres.

Don Alonso y Doña Beatriz, fieles a la tradición de sus mayores, educaron personalmente a sus hijos. En aquellos venturosos tiempos las familias hidalgas y cristianas sabían sus deberes y los cumplían. La educación familiar es la única que imprime carácter de distinción y originalidad; la única que reúne las condiciones precisas para iniciar las reformas y hasta para asegurar la perfección del educando. Se puede enseñar a pensar como se enseña a leer y se enseña a escribir. Los profesores de nuestros colegios se dan de puñetazos, si no en la teoría, en la práctica al menos, con este luminoso pensamiento. Por eso tal vez las universidades y colegios son viveros fecundos en la producción de *especies*, pero tierra seca y de tercera cuando se trata de formar *caracteres e individuos*.

Don Alonso Sánchez de Cepeda, austero moralista y hombre de letras (1), y Doña Beatriz de Ahumada, vivían en la ciudad de Avila una vida de retiro—apacible y tranquila.

Escuela de recogimiento, de sanos ejemplos y costumbres honradas debiera ser siempre el hogar de la familia cristiana. Malos comienzos de vida son para los niños el ruido del mundo, las vanidades del siglo, el esplendor de los salones. Suele ser más observador un niño que un adulto. Almas abiertas a la curiosidad, las almas de los niños sorprenden gestos y recogen al vuelo palabras y expresiones de padres imprudentes y de amigos indiscretos...

«¡Silencio, silencio!—dijo un poeta, amigo de la niñez; el más

(1) Era mi padre aficionado a leer buenos libros, y así los tenía de romance para que leyesen sus hijos.

ligero ruido puede despertar al niño que duerme».—Prudencia y atención—dicen los Doctores cristianos—; no digáis, ni hagáis cosa mala delante de los niños, porque un alma abierta a todas las emociones está alerta y despierta.

Gonzalo SANZ.





EL TIBIDABO, CASTILLA



MIENTRAS desciendo en el funicular del Tibidabo y cabrillean, allá abajo, lamiendo los pies de la montaña, las luces de la gran ciudad, durante este anochecer triste, empapado en niebla; mientras Barcelona parece un paisaje de ensueño, sin contornos, sin líneas definidas y concretas, luz toda ella, niebla toda ella, envuelta en una extraña gasa gris, parda, de color indefinible y desteñida; mientras desciendo en el funicular del Tibidabo, pienso un momento en mi Castilla y en la niebla de mi Castilla.

Exactamente a estas horas, las cinco y media de la tarde, rueda la diligencia de Salamanca con dirección a mi pueblo.

Acaso no ha salido todavía de Calvarrasa, que el mayoral yanta a todas horas en los figones, posadas, ventorrillos y colmados del tránsito; acaso rueda ya la diligencia, rebotando sobre el guijo helado de la carretera, por el altozano de los Perales. El mayoral canta, fustiga, espolea los caballejos, se mueve como si tuviera hormiguillo dentro del cuerpo, echa mano de un frasco milagroso que le anima, torna al canto gutural y solemne:

levántate, morenita,
levántate, resalada,

arrastrando las notas horriblemente con su voz aguardientosa. La alfombra de la calzada, blanca de nieve, tiene ya los surcos negros de las rodajas de los carros.

La fuente de Santa Teresa, solitaria, sigue manando su hilillo de agua tristemente. Sombras de mónstruos horriblos parecen los al-

corniques del monte que se extiende a ambos lados de la carretera. En un repecho se alza un puebluco: Terradillos. Un gañán, jinete caballero, se cruza con la diligencia y saluda las buenas noches. Lleva sobre los hombros la anguarina; en la cabeza, un chambergo digno de Cembraudtf; el mayoral, que no lleva prisa, que no lleva nunca prisa, le pregunta con calma. Viene de Alba de un embargo el tío Pedro de Martinamor, y sin perder minuto vuelve a la capital en busca de un acreedor; tiene confianza de llegar pronto, que es el jamelgo listo y avisado.

Amigos míos: en el rincón de mi Castilla, estas noches de niebla, cuando el viento gimotea tristemente y caen los copos de nieve blanqueando los árboles añosos, veréis de noche un gañán pasar por la calzada. Sus penas le llevan por tales vericuetos a tales horas. No le preguntéis; respetar su aire triste de gran señor; un monarca desterrado parece el tío Pedro de Martinamor. Acepta el vinillo del mayoral; dice todavía con resignación: «¡lo que es la vida!»; pónese de nuevo la diligencia en marcha, pesadamente como un beodo en el sopor de su inconsciencia; piérdese la silueta airosa del gañán, a lo lejos, en la boca negra y recta de la vía.

Miremos la diligencia, el interior de la diligencia. Como es de noche y no se cumplen las ordenanzas en las diligencias de mi Castilla, apenas vereis sino bultos.

Un hablar cantarino, claro, transparente, mimoso, rico de flexiones de una mujer.

Una voz grave, profunda, llena, de un hombre; yo, que conozco esa voz, puedo afirmar que es la de un clérigo. Los demás callan. Apenas si asienten; si intervienen en el diálogo más que con un sí o no, breve y cortado, seco. La voz del clérigo concluye un período.

—La cosecha ha sido mala. Gracias a que ahora llueve. Al tío Juan le echó el amo de la dehesa. Ya lleva cinco visitas el escribano al pueblo en ocho días. Mal año de cosecha, buen año de curia.

Una voz de vieja exclama:

—¡Ay, Señor, Señor!

Se torna el silencio difícil, embarazoso. Sigue nevando.

Se defiende el cuerpo gracias a unos braserillos asentados sobre la paja del mullido de la diligencia. Una sombra negra, unas luces débiles, mortecinas, el brusco murmurar del Tormes denuncian la presencia de Alba.

Y dice la voccecita clara:

—¡Ya llegamos! ¡Qué gusto!

Torna a detenerse la diligencia, frente a un ventorrillo.

El caminero dice que se camine despacio; está la carretera llena de baches. Un jamelgo escuálido, que ha de morir miserablemente de una cornada, al año que viene, en las corridas de Septiembre, resbala sobre el hielo, cayéndose. Pero se repone presto. El mayoral reanima al caballejo con una tonada alegre:

Levántate, Lucero.

Ahora no camina, sino que se tambalea el pesado armatoste de la diligencia. Tocan a la oración las campanas de la parroquia de San Pedro. El clérigo se descubre:

—*Angelus domini nuntiavit María*

«El ángel del Señor anunció a María». Todos rezan su oración, hasta un hojalatero del comité republicano que apenas ha hablado durante la caminata, porque todo se lo ha dicho el curita. Ya se descubren las luces mortecinas, moribundas, de la Puerta del Río; brillan entre la nieve, como si también fueran copos, las piedras blancas de la Basílica. Se va disipando la niebla. Rueda sobre el puente la diligencia. Pasa una aldeana sobre un borrico. Silba estrepitosa, escandalosamente el mayoral:

—¡Iiiii!

Detiéndose, párase en seco la diligencia. Una vieja, la señora Sebastiana, recoge los bollos de leche; una resma de periódicos recoge un chiquillo y apenas se ha separado dos metros de la diligencia, comienza a vocear: «¡El Adelanto, El Adelanto!»

Bajan del coche los viajeros llenos de paquetes y de bultos. Sobre el balandrán lleva el clérigo la capa y sobre la capa una bufanda. Un municipal seco, alto y espigado como don Quijote, curiosear la llegada de los seis viajeros.

El clérigo sube al pueblo con Pepita, la chiquilla del hablar cantarino, transparente, mimoso y rico de flexiones. Unos chicuelos han dado un cantazo a un perro, que pasa aullando junto a ellos. En la plaza de los Carmelitas, se oye el órgano que llora las tristezas de David. Una voz de bajo dice amargamente: *Et in peccato concepit me mater mea*. (Y en pecado me concibió mi madre). El clérigo tiembla, sin saber por qué. Pepita se detiene con unas amigas que tornan de la novena y cuenta las novedades de Salamanca; vió en el Corrijo a Luisa con su marido; han puesto una tienda muy bonita en la Plaza; allí son más baratos los turrónes; Rodríguez, el estudiante, se ha echado otra novia. ¡Cuando lo sepa Juanito!

El clérigo se despide. En la plaza, los cuatro solterones de siempre pasean a pasos rápidos por los portales de arriba; salen los mismos señores graves, discretos y juiciosos de la botica de todas las noches...

~ ~ ~

Amigo lector: mientras desciendo en el funicular del Tibidabo y contemplo a mis pies, en visión de ensueño, las luces de la gran ciudad, me es dulce evocar en horas apretadas de alegría, otras luces lejanas de mi Castilla, que yo llevo dentro, muy dentro de mi espíritu.

José SÁNCHEZ ROJAS.

Barcelona, Enero 1913.





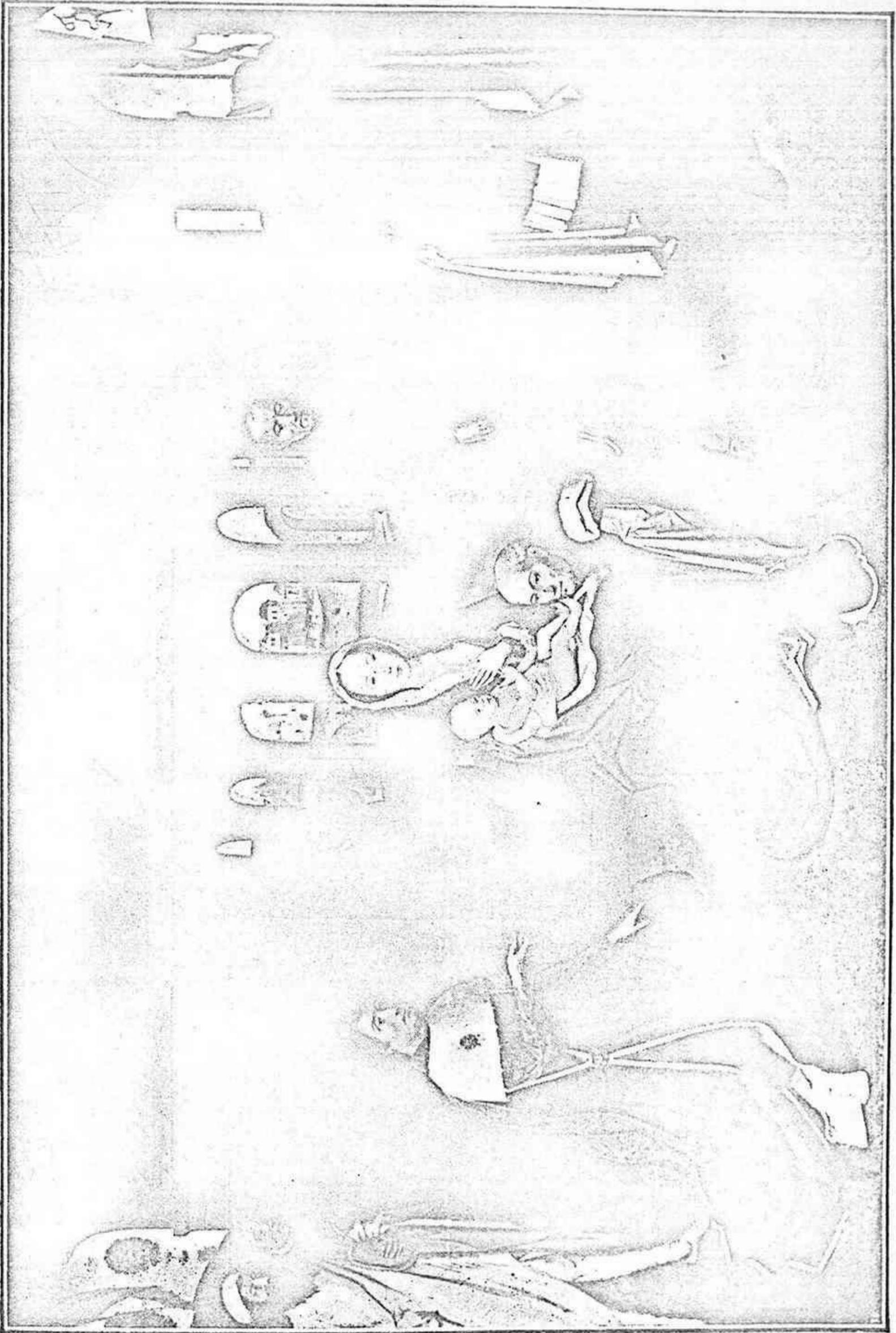
Un paseo en tarde clara

He vagado por el campo
en hermosa, pura y clara
bella tarde que al invierno ceniciento
generosa primavera le prestaba:
y en silencio contemplando
las bellezas y las gracias
derramadas por la mano del Eterno
en los mundos que formara de la nada
he gozado las dulzuras
que derraman esas tardes en las almas.

He gozado, contemplando de los cielos,
la hermosura soberana,
revestidos de su azul inmaculado
en la tarde esplendorosa, pura y clara,
y bordándose después con mano diestra
de matices primorosos de oro y gualda
cuando el sol hacia el ocaso descendía
y la luna por Oriente se asomaba.

He gozado, contemplando
la corriente de las aguas
del arroyo cristalino que descende
de la cumbre de la helada sierra brava
y a través de su erizado áspero cauce
va formando preciosísimas cascadas,
va sembrando de vigor y lozanía
la campiña que a sus lados se dilata
y llenando va el espacio de rumores
como acordes de una música sagrada.

He gozado contemplando los picachos
de la helada sierra brava,
las llanuras de la fértil vega hermosa
y las crestas de las lomas coronadas
de fructíferos olivos seculares
que rendidos por el peso de su carga
sazonado ya su fruto
a la tierra su ramaje doblegaban.



Adoración de los Santos Reyes

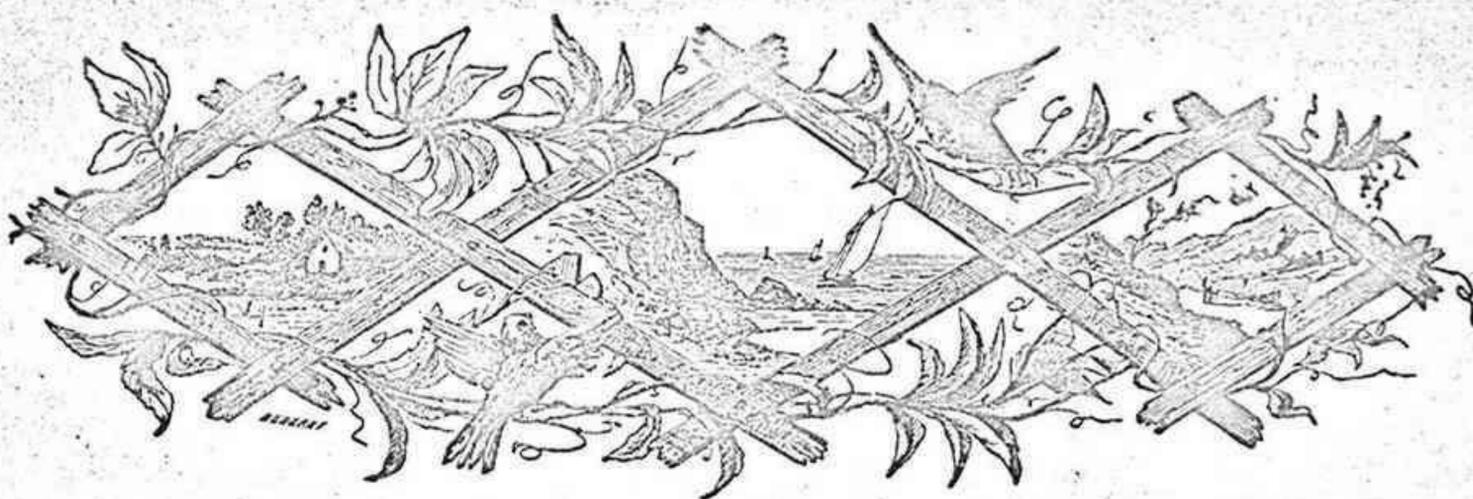
He gozado contemplando los afanes
rebosantes de halagüeñas esperanzas
con que el mundo infatigable de los campos
a la tierra sus tesoros arrancaba,
al cumplir la del trabajo ley divina
redentora, noble y santa.

He gozado al escuchar las armonías
de la música sublime no estudiada
del concierto universal con que los mundos
la grandeza, majestad y gloria cantan
del Señor Omnipotente
que los hizo de la nada...
He vagado por el campo
en hermosa tarde clara
y he tornado a casa luego
rebosante de placer y vida el alma,
y en la quieta soledad de mi retiro
en visión clara diáfana
he gozado nuevamente las dulzuras
en la tarde esplendorosa cosechadas.

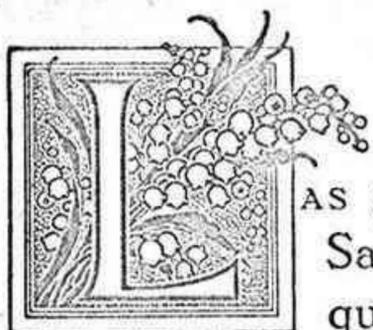
Y al compás de los dulcísimos acordes
de la música sagrada
del concierto que del fondo de los mundos
a la cúspide del cielo se levanta,
en silencio religioso
en lenguaje sin palabras
hasta el cielo fué subiendo
la oración gratulatoria de mi alma
que pletórica de vida
bendecía y alababa
al Señor Omnipotente
que del solio de su alteza soberana
en mitad del ceniciento crudo invierno
nos regala esplendorosas tardes claras.

Juan Antonio MARTÍN IGLESIAS.





ZURRÓN DE POBRE



AS gentes de los pueblos inmediatos que vinieran a Salamanca al mercado de mes, volvían en grupos pequeños comentando a grito pelado los lances de los tratos.

En la carretera de Zamora, lavada y relamida con las aguas de estos días pasados, resonaban montaraces las voces del pueblo y el trotar vaquero de las yeguas.

—La pareja de vacas—por cierto valentona—que más ha valido ha sido la del tío *Correlindes*; dos mil ochocientos.

—Por la rabicana de *Tararira* ofrecieron los de Piedrahita hasta mil quinientos, y no la quiso soltar menos de los seiscientos.

—Los parazueros de Macoquetera barrieron todo el ganado machorro y los cotralones. Los de Candelario le dan un duro por cada res.

—¿Me quieres vender el *Clavelino*, *Damáso*?

—No hay inconveniente; pero desconfío que nos ajustemos.

—Eso el precio lo dirá.

—Tú repara, por lo pronto, que el novillo está *mu* lucido y en lo mejor del trabajo.

—La cosa es que tú pidas *pa* vender.

—La cosa es que tú mandes *pa* comprar; y el dinero en una mano y el novillo... porque tú ofreces potros y das pocos.

—¿Dónde se quedó el tío *Paquillo*?

—Se habrá embaído en la ciudad. *Dí* que tenía que mercar los panecitos de San Antón, que le encargó el señor Cura.

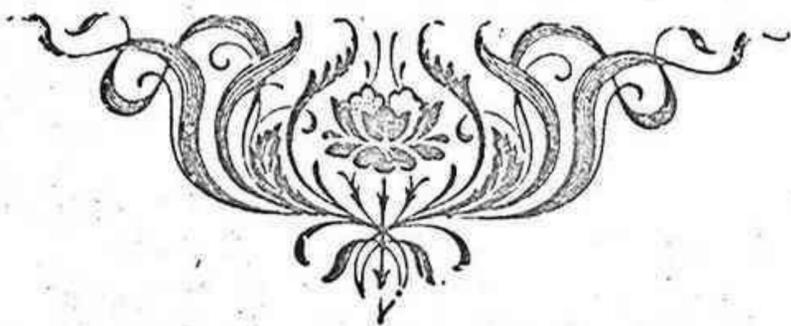
Huyendo aturridos y llenos de miedo vienen del Prado de Padaderos un bando de pájaros perseguidos por el Alcotán.

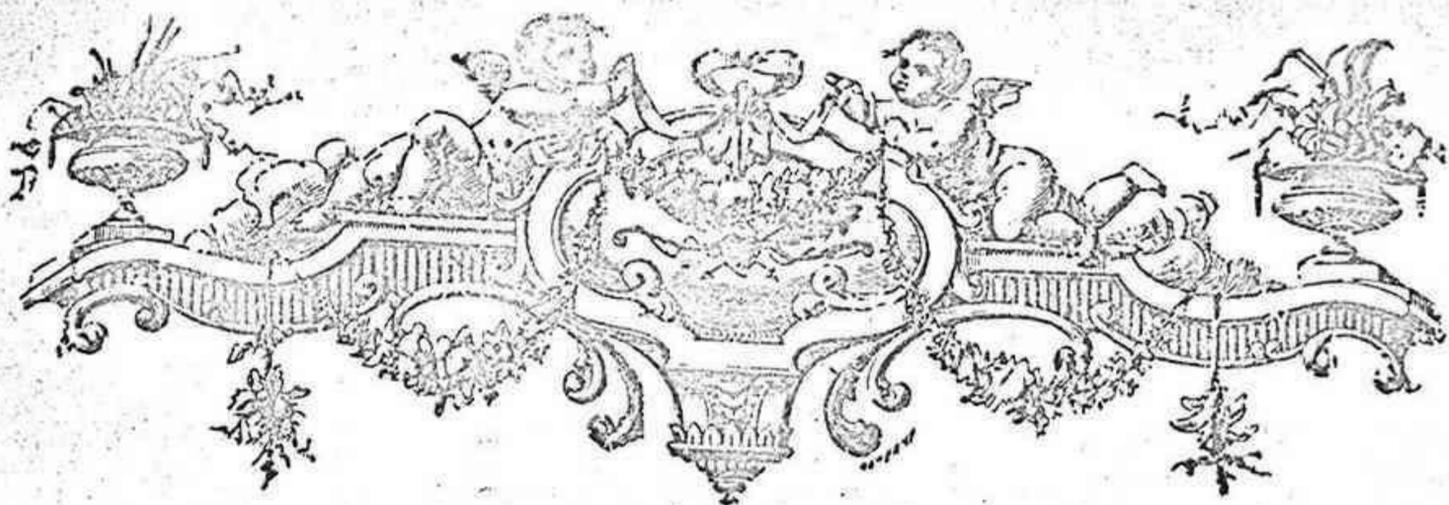
Cogí de un montón de grava un par de chinarros y se los tiré al pajarraco.

San Bernardo, aquel hombre terrible y tan duro consigo mismo, cuentan sus biógrafos que no podía contemplar, sin sentirse embargado de una compasión inmensa, el dolor ni la desgracia ajenos.

Y añaden—esto lo leía yo la noche misma del referido día de mercado—que cada vez que veía las aves de rapiña persiguiendo inocentes pajaritos, se le oprimía el corazón y trazaba en el aire la señal de la cruz, con el fin de salvar la vida a indefensas criaturas. Mucho mejor que andar a cantazos con todo bicho viviente. Lo confieso.

PEROPULGAR.





CUENTOS ALEMANES (1)

EL CARDO



Qué hermoso día de verano! El corazón saltaba de alegría en el pecho. Pero hacía mucho calor. A las tres de la mañana se había asomado ya el sol a las puertas del cielo, dando los buenos días a la tierra; debía haber dormido muy bien, porque se reía de todo corazón, y ni aun la más ténue nubecilla cruzó en todo el día por su tersa frente.

Era un verdadero día de verano. En los campos maduraba silencioso el trigo y en los huertos se redondeaban secretamente las manzanas y las peras. Tanto calentaba el sol, que las cerezas del jardín y los niños que jugaban bajo sus árboles, iban poniéndose rojos a porfía.

Paso a paso subían los caballos por la empolvada cuesta tirando de los pesados carros; el carretero caminaba a su lado; pero en vez de su corta pipa llevaba ahora una rosa en la boca. De cuándo en cuándo apretaba el rabito entre los dientes y lo bajaba con la lengua de modo que la flor subiese hacia arriba, para poder olerla sin tener que tomar el látigo en la mano izquierda o las riendas en la derecha.

El polvo que levantaba el carro caía sobre el empinado declive

(1) Recomendamos con entusiasmo a nuestros lectores esta sección de literatura alemana que nos proponemos dar a conocer en España.

que había a la derecha del camino. Allí crecía un modesto cardo encajado entre dos piedras, y sus tres hojas se extendían sobre ellas como si buscasen apoyo. No había estado antes allí. El año pasado había crecido en lo alto de la ladera, donde empieza el césped de la montaña, en las cercanías del rojo clavel alpino y del vaporoso *Taubenkropf*.

Cuando su punta verde gris pudo mirar por vez primera el extenso llano, estaba muy asombrado de la grandeza del mundo, y dijo al esbelto clavel:

—Mira, ¡qué grande es el mundo! ¿Qué es lo que se verá allá, donde el cielo se apoya sobre la tierra? Tú eres más alto que yo; dime lo que ves.

—¿Más alto que tú? Eso no es difícil—dijo burlonamente el clavel—; por lo demás, ten la bondad de reprimir tu deseo de saber. Yo estoy más alto que tú y tienes que esperar hasta que yo me digne dirigirte la palabra.

El cardito sintió un pinchazo al oír esto y propuso callarse. Pero al atardecer del día siguiente, cuando la luna apareció dulce y llena sobre el oscuro cielo, se olvidó, en su alegría, de sus propósitos y se dirigió al *Taubenkropf*, que mecía sus hinchados *Blutensäcke* en el aire tibio de la tarde.

—Dime—suplicó el cardo—¿por qué las flores huelen tan dulcemente al anochecer?

El *Taubenkropf* se hizo el desentendido; pero el curiosote del cardo insistió, repitiendo la pregunta cada vez más alto, hasta que el otro, perdiendo la paciencia, gritó:

—Cállate tú, rapazuelo, y aprende buenas maneras antes de dirigirte a uno de mi clase; cuando alguien de mi altura no está dispuesto a hablar, los pequeños no deben cansar con sus preguntas.

Al cardo le pareció que le había vuelto a pinchar una espina; se quedó como petrificado y se propuso de nuevo firmemente no volver a preguntar nada. Mas cuando a la mañana siguiente un pájaro, sobre la punta de un *Serchentaure*, saludó a la aurora con una canción de júbilo brotada del fondo del pecho, tembló algo, dentro de sí, y emocionado miró a su alrededor. Esta vez se dirigió al *Fohanniskraut* amarillo:

—¿Qué es lo que ha cantado el hermoso pájaro? ¿Has oído lo que cantaba?

El *Fohanniskraut* se había puesto tan tieso con el tiempo, que no podía doblarse, aunque hubiera querido; no movió una hoja; miró fijamente hacia arriba y dijo a media voz al clavel:

—Esa planta subalterna empieza a ser atrevida; cualquiera diría que es nuestra igual.

—¿Cómo ha venido aquí a nuestra pradera?—preguntó picado el *Taubenkropf*.—Estropea nuestra sociedad.

—¿Es permitido que hierba semejante pueda hablar cómo y cuándo quiera?—dijo el clavel.—De ese modo no podemos nunca tomar la palabra.

—Dios nos libre—dijo el *Fohanniskraut* muy asustado.

—Sí, sí—suspiró el clavel—un mal espíritu se encierra en esta planta; todo lo quiere saber. Es contra la costumbre. La mala hierba tiene que callarse y pensar siempre que no está más que tolerada.

—En una palabra—concluyó el *Taubenkropf*—aquí somos los amos y queremos quedarnos solos nosotros y que no nos fastidien con preguntas. ¡Con que fuera con el intruso!

—Es más fácil decirlo que hacerlo—dijo pensativo el clavel—¿de qué modo podremos empujar al cardo?

—Tengo una idea—exclamó entonces la *Königskerze*, que había callado indiferente hasta entonces.—Entre mis ligeros mensajeros los ratoncitos negros habrá alguno que conozca al topo, a quien pertenece la pradera de más arriba. Lo mandaré a buscar y le pediré que remueva el suelo, justamente en el sitio que yo le indicaré.

Dicho y hecho. El *Königskerze* rogó al topo que viniera. Llegó éste y removi6 el suelo alrededor del cardito de modo que éste perdió todo apoyo. Los vivarachos ratoncillos corrían también de un lado a otro muy ocupados y perforaban la tierra abriendo en su seno pequeños caminos. El desinteresado cardo tomaba para sí tan poco terreno, que no se dió cuenta al principio de lo que ocurría; las raíces encontraban todavía bastante sustancia donde saciarse; pero el inflado *Taubenkropf* se encargó de hacerle ver claramente su triste situación.

—¿Vives todavía?—preguntó:—pensé que te hubieras ya muerto de hambre; pero es verdad que mala hierba no perece. Las otras flores se rieron de esta observación tan chistosa y se susurraban unas a otras burlas mal intencionadas; al cardo le parecía cada palabra una espina que se le clavaba en la carne.

—¿Qué os he hecho, exclamó, con dolor, para que me odiéis y queráis matarme? ¿Por qué no debo quedarme en el sitio donde crecí? Quiero quedarme aquí y ser grande y mirar abajo al llano.

—Lo que tú quieras o no nos tiene completamente sin cuidado, decretó despóticamente el *Königskerze*. Eres mala hierba y no puedes estar en la pradera entre flores de tan perfumado olor. Para eso eres

demasiado basto y feo. Queremos conservar pura nuestra comunidad. ¿Has entendido? Mientras tanto se había levantado el viento Oeste, por donde se pone el sol. Salió lentamente del mar y sopló a boca llena sobre la superficie del agua, haciendo que las olas espumasen y se persiguieran las unas a las otras. Luego sacó su gigantesco cuerpo fuera de las ondas; estiró sus alas húmedas y oscuras que velaron la luz del sol, haciendo caer chorros de agua, y voló mugiendo sobre la tierra. Apretaba la tempestad y la lluvia hasta que las plumas del viento del Sur se secaban; entonces tenía que hundirse de nuevo en el mar. La lluvia penetró fácilmente, por la tierra removida, en las cavernas y caminos que los ratones habían hecho por orden de la altiva *Königskerze*, y a las pocas horas llegó el momento fatal en que las raíces del cardo perdieron el suelo y empezó a escurrirse hacia abajo.

—Me caigo... me caigo... socorro... gritó la angustiada planta.

El inflexible *Taubenkropf* estaba frío:—Buen viaje; vas adonde debes ir. Fué lo último que oyó el cardo, un instante después perdió la vista y el oído porque el terruño donde estaban sus raíces bajaba con creciente velocidad por la ladera hasta que dos piedras le detuvieron. Cuando el cardo volvió en sí era primavera; un fresco vientecillo venía del cielo azul claro; los árboles tenían capullos hinchados y los mirlos cantaban. Intentó enseguida darse cuenta de dónde estaba y cómo había llegado hasta allí. Poco a poco empezó a ver claro. Allí estaba la ladera en cuyo borde más elevado había crecido y observaba las señales que había dejado la tierra al derrumbarse; y cuando vió todo eso le dió tal rabia, que comenzó a gritar: «Quiero volverme duro y ofensivo para que me temais con vuestros servidores los ratones y topos.» Sus hojas se volvieron duras, firmes, resistentes, y cada palabra mortificadora que había oído se convirtió en espina que sacó de dentro a fuera. Así estaba en su nuevo lugar temido de todos. Ningún pájaro descansaba en él y las abejas volaban dando rodeos lejos de sus punzantes hojas; los niños se decían que había que tener cuidado con la planta que pica y llamaban a sus perros cuando se acercaban a ella. El cardo había conseguido lo que quería: era temido pero estaba también abandonado, sin alegría. Con el tiempo se iba haciendo cada vez más puntiagudo y duro, y al que se le acercaba distraído le picaba arrancándole un chillido. Los pájaros se contaban unos a otros lo poco amable que era el cardo; los ratones enseñaban las partes en que les había rasgado la piel cuando se le aproximaban y las medrosas lagartijas temían ser también sus víctimas. Las quejas fueron ya tales que el sol mandó uno de

sus rayos a ver lo que ocurría. El rayo comisionado encontró todo tal cual se lo habían referido y se puso tan triste que volvió delgado y pálido al sol, y descorazonado aseguró que nada podía hacerse con el cardo, sino era abrasarlo.

El sol dijo al rayo que volviera a su sitio y se sonrió satisfecho como quien se complace en sí mismo. Aguzó la vista para ver al cardito en la pedregosa ladera; allí le halló en efecto con sus tres hojas extendidas bien así como solicitando apoyo. Entonces volvió el sol su cara hacia el cardo lo miró con ojos tan ardientes, dulces y amables que el corazón del cardo empezó a alegrarse debajo de su punzante coraza, levantando la punta de las hojas hacia el sol. Cuando éste observó el agradecimiento del cardo no pudo menos de exteriorizar su gozo y miraba sonriendo con tanto cariño a las puntas de los troncos, que atraídos por él empezaron a crecer de prisa... de prisa... como queriendo acercarse más al sol, y al poco tiempo había salido del obscuro regazo un tronco robusto que tenía a derecha e izquierda hojas bonitamente festoneadas, pero que picaban aún. Los pájaros, abejas, ratones y campanillas azules contemplaban admirados cómo se iba abriendo el corazón del cardo hacia la luz; pero al ver que las espigas seguían creciendo a compás de él, se miraron desilusionados y se dijeron: «es todo inútil.» El sol en su grandeza tenía más paciencia y seguía sonriendo al cardo duro y lo doraba con su luz celestial. Hasta que por fin un día le preguntó el cardo:

—¿Por qué me buscas?

—Porque te quiero, contestó el sol.

—No soy amable, gruñó el cardo.

—No, dijo riendo el sol, pero puedes serlo.

—No se te dan las gracias por ello, sol, murmuró el cardo de nuevo.

—Por lo pronto me basta con verte, insistió el sol. El amor no quiere ni gracias ni premio. ¿No lo sabes?

—No.

—El amor está contento cuando puede dar.

El cardo calló y siguió bañándose en el sol; poco a poco fué deritiendo su terquedad y se ablandó.

—Eres bueno y hermoso, dijo al sol.

—¿Tal me encuentras?, contestó; ¿no quisieras parecerte a mí?

Por primera vez en la vida se echó a reír el cardo.

—¿Yo a tí? ¡Qué idea!

—Hablo en serio—dijo el sol;—mírame bien y estate quieto.

El cardo obedeció y el calor del sol penetró hasta su raíz; cuanto más acariciado por los rayos se veía tanto más volvíase dulce y alegre. Un día tuvo un capullo muy hermoso, y al abrirse apareció redondo como el sol y lleno de hojitas finas y puntiagudas que se extendían hacia afuera como rayos.

Los pájaros picaban llenos de contento y las abejas vinieron a chupar fuertemente de la flor. El cardo les dió generoso toda la dulzura que el sol había sacado mágicamente de él.

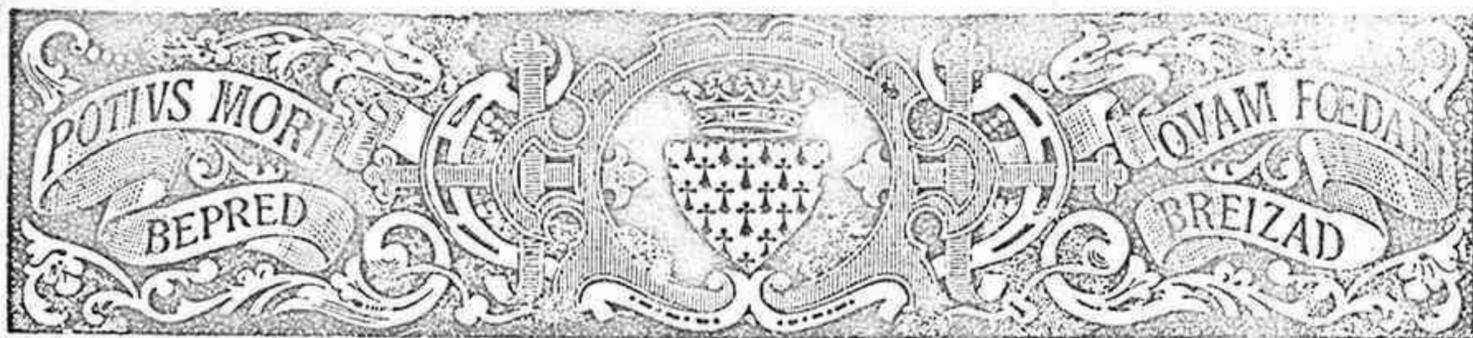
—¿Ves, cardito mío?—dijo el esplendente sol,—ahora te pareces a mí.

La flor del cardo se puso roja de alegría y dobló la cabeza. El sol puso una nubecilla delante de su rostro y se rió para sus adentros como el que sabe por qué.





R. P. Fr. Francisco J. Valdés y Noriega



Muerte del Sr. Obispo de Salamanca



UANDO nos disponíamos a comenzar la tirada del presente número nos llega la inesperada y sensible nueva del fallecimiento de nuestro señor Obispo.

Retiramos originales ya compuestos y ajustados para rendir en nuestra Revista el tributo debido a la memoria del malogrado padre Valdés.

En el balneario de Bussot (Alicante) ha entregado su alma a Dios el que fué celoso Obispo de Salamanca, el excelentísimo y reverendísimo padre Francisco J. Valdés y Noriega. Agobiado por cruel enfermedad, se había trasladado a las playas de Levante, en busca de alivio para su dolencia; pero la muerte, a cuyo imperio estaba sujeto como criatura nacida para el tiempo, en la mañana del 22 cortó su existencia, cuando por su edad, no muy avanzada, y por sus eminentes cualidades de virtud, ciencia y actividad era una esperanza para la diócesis de Salamanca y para la Iglesia española en general.

En medio del sentimiento y del dolor que embarga nuestra alma, experimentamos un consuelo, consuelo que brota de la contemplación de su vida ejemplar. Al principio de la enfermedad había recibido, con fervor edificante, todos los santos sacramentos y auxilios espirituales de nuestra Santa Madre la Iglesia Católica. Sabía que su muerte sería repentina, como lo ha sido en efecto, y por eso la esperaba y vivía prevenido, invocando constantemente los dulces nombres de Jesús y de María, y purificando diariamente su alma por medio de la absolución sacramental.

DATOS BIOGRÁFICOS DE NUESTRO PRELADO

Había nacido en el pintoresco pueblo de la Viana (Asturias), el 11 de Marzo de 1851. A los quince años abandonó su casa paterna para ingresar en el noviciado del Santísimo Nombre de Jesús, de padres Agustinos, de Valladolid. Cumplido el año de prueba, hizo la profesión religiosa el 11 de Agosto de 1867, y cursó, con gran aprovechamiento, los años de filosofía. Continuó los estudios

teológicos en el convento-seminario de La Vid, con aplausos de maestros y condiscípulos, concluyendo la carrera eclesiástica en San Pablo, de Manila, con brillantez y lucimiento.

Poco después regentó las parroquias de Santa Isabel, Paombón y Bulacán. Explicó en la capital de Filipinas varios cursos de Derecho Canónico y al establecerse los padres Agustinos en El Escorial, el 10 de Agosto de 1885, fué nombrado director del Real colegio de Alfonso XII, y reelegido para el mismo cargo al terminar el tiempo reglamentario.

En este espinoso puesto desplegó toda su actividad y buen tino, mereciendo que el capítulo de 1893, le nombrase rector de la Universidad de María Cristina. Los discursos leídos por él durante su rectorado en varias solemnidades académicas, su colaboración constante en algunas publicaciones agustinianas su recto y elevado juicio, su celo por la instrucción y educación de la juventud, sus bien concebidos planes de organización y sus relaciones con los personajes de la más alta aristocracia, le colocaron en condiciones de ocupar un alto puesto en la jerarquía eclesiástica. En un principio se opuso a los deseos de sus numerosos amigos y consiguió ausentarse de aquel centro y Real Sitio, lugar peligrosísimo por la frecuencia de visitas de ministros y hombres políticos más influyentes para el que, distinguiéndose, como el padre Valdés, huía de las graves responsabilidades de la dignidad episcopal.

Trasladado nuevamente a Filipinas, en ocasión en que las sociedades secretas antinacionales conspiraban contra la dominación española y fomentaban el separatismo tagalo, desde su parroquia de Bulacán trabajó el padre Valdés por el buen nombre y por la dignidad nacional, prestó no pocos servicios al Gobierno de su patria España y en los aciagos y terribles días de la revolución, orientó con su consejo y atinadísimas observaciones a los superiores de las órdenes religiosas. Firme en el puesto que la obediencia le designara y atento sólo a la voz del deber y a los sinceros ecos de su patriotismo, luchó sin descanso hasta los últimos y críticos momentos, en defensa de los sagrados intereses de la Religión y de la Patria.

Por sus trabajos apostólicos y por sus patrióticas gestiones en contra de los isleños sublevados, estuvo a punto de ser ajusticiado; pero Dios que en sus inescrutables designios tenía trazados otros planes en favor del intrépido religioso, hizo que por este tiempo fuera propuesto para Obispo de Puerto Rico, y por este motivo, tuviera que abandonar aquel campo sembrado de ruinas y lagos de sangre. Por el vergonzoso tratado de París, perdimos las posesiones de América y nuestro biografiado, Obispo electo de Puerto Rico, fué consagrado en la Basílica Escorialense para la Sede gacetana el 24 Febrero de 1900.

En las Cortes de 1903 representó en la Alta Cámara a la diócesis de Zaragoza, en la que dió muestras de poseer condiciones parlamentarias, no comunes, distinguiéndose por la claridad de juicio y por la fuerza y vigor de la frase.

El 25 de Marzo de 1905 tomó posesión de la diócesis de Sala-

manca, que dejó vacante el inolvidable e insigne Prelado padre Cámara (que en paz descansa). La entrada revistió el carácter de una verdadera y espontánea manifestación de cariño y simpatía. Durante su breve pontificado, y a pesar de su estado delicado de salud, intervino en varios Congresos y Asambleas católicos, y prestó su cooperación a muchas empresas nacionales, y en su amada diócesis de Salamanca ha derramado a manos llenas el consuelo y el auxilio sobre los afligidos y menesterosos. Los que tuvieron la honra de tratarle y conocerle, han podido apreciar en él un carácter sencillo y afable con cierto fondo de austeridad. Su virtud, primero en el claustro y después al frente de una diócesis profundamente piadosa, ha sido verdaderamente edificante, propia de un apóstol y confesor de la verdad.

Su agitada vida, primero rigiendo parroquias de varios miles de almas y después al frente de colegios muy concurridos y de gran compromiso, y quizás el carácter étnico de su orden religiosa, que es el de preocuparse más de hacer el bien y practicar las virtudes, que el de divulgar sus merecimientos y hechos gloriosos, han sido las causas de que la biografía del padre Valdés no sea tan extensa como sus conocimientos, ni tan preeminente como su puesto entre los hombres insignes en las ciencias y en las letras. Escribió, entre otros opúsculos y folletos de menos importancia, y varias cartas pastorales de gran unción y sabiduría, «El archipiélago filipino», estudio acerca del estado social y político del pueblo filipino; «La política de España en Filipinas»; «Autoridad e importancia científica de San Agustín», trabajo escrito para el número extraordinario de la *Revista Agustiniana*, dedicado al centenario de la conversión del Aguila de los Doctores, San Agustín; una *Oda* al padre Ceferino González, impresa en el certamen científico literario que la Universidad de Manila dedicó al ilustre purpurado.

En la revista antes citada, en la *Ciudad de Dios*, el *Buen Consejo* y en *España y América*, todas publicaciones dirigidas por los padres Agustinos, publicó multitud de artículos eruditos y de buen gusto literario.

Roguemos a Dios por el eterno descanso de nuestro amado Prelado que, piadosamente juzgando, habrá encontrado en el cielo el premio de sus desvelos en pro de sus amados feligreses.

Requiescat in pace. Amén.





FELICITACIÓN A NUESTRA AUGUSTA DIRECTORA.
El día 24 celebra su fiesta onomástica S. A. R. la Srma. Señora Infanta D.^a Paz de Borbón y de Baviera.

La Redacción de "La Basílica Teresiana," envía respetuosamente un saludo a su egregia Directora y pide a Dios derrame todo género de gracias sobre su augusta familia.

S. M. la Reina Cristina.—La Sra. Secretaria de la Junta de Señoras Teresianas de Salamanca, ha recibido la siguiente carta de la Excm. Sra. Marquesa de Squilache:

«Madrid, 5 Enero 1913.

Queridas amigas: Mil gracias por la afectuosa carta de Vds. y ahora espero que más tranquila S. M. la Reina Doña Cristina, se ocupe de todo lo referente a las obras de la Basílica, puesto que ha tenido la bondad de aceptar el cargo de Presidenta que tenía antes nuestra querida Infanta María Teresa.

Cuando me llame, que será pronto, ya diré a Vds. lo que se decida y me dirán los fondos de que disponen.

Muy amiga de Vds.—*La Marquesa de Squilache*„

LA BASÍLICA TERESIANA se ofrece respetuosamente a la nueva Augusta Presidenta y se pone incondicionalmente a su disposición.

Por la prensa católica.—Los últimos impresos recibidos del centro *Ora et Labora*, del Seminario de Sevilla, son una prueba más de la actividad incansable y feliz acierto de aquellos seminaristas.

El certamen periodístico celebrado este año ha superado a los cuatro anteriores, recibándose 439 trabajos, o sea 125 más que en 1911. En estos días los examinan los muy ilustres señores que componen el Jurado, cuyo fallo se publicará solemnemente en la fiesta que a este fin ha de celebrarse el día de San Isidoro.

Fallecimiento.—Víctima de rápida y traidora enfermedad ha fallecido en Madrid el sabio y eminente literato P. Mir, bibliotecario y académico de la Lengua, precisamente cuando había terminado su obra premiada, *Santa Teresa*.

Dios haya acogido en su seno al infatigable y benemérito sacerdote.

Donativos para las obras de la Basílica en Alba de Tormes

	<i>Pesetas</i>	<i>Cénts.</i>
Enviado por el P. Menéndez, de Palma de Mallorca:		
De D. ^a Cristina Flores.....	7	»
» » Josefa Delgado de García Sánchez (Salamanca).....	5	»
Del Ilmo. Sr. Obispo de Lérida.....	100	»
» P. Fr. Víctor Villán.....	10	»
» D. Lucas Calama.....	5	»
Entregado por D. ^a Filomena Martín.....	45	60
Recaudado por la misma señora (Burgos):		
D. ^a Filomena Martín.....	1	50
» Manuela Villoria.....	1	50
» María González.....	1	50
» Teresa Fernández.....	3	»
» Tomasa Echevarría.....	3	»
» Micaela Calama.....	3	»
» Juliana Villangómez.....	2	»
» Patrocinio Balán.....	2	»
» María Miguel Oliván.....	4	»
» Angela Ontañón.....	1	20
» Flora Flórez.....	5	»
» Gregoria Miguel.....	1	20
» Jacoba García.....	1	»
Una señora piadosa.....	2	»
D. ^a Juana Ortega.....	0	60
De D. ^a Carmen López, Viuda de Acebal.....	42	»
» D. Manuel Somoza.....	100	»

X.....	El pan de San Antonio en Salamanca.....	169
»	D. Alfonso XII y el Marqués de Molins.....	247
»	Rogad por ella.....	263
Gonzalo Sanz.....	El Pedagogium Español.....	46
»	Más fuerte que la muerte.....	270
Dr. Michael Taulhaber, Obispo de Spira	Optimismo y Religión.....	75
»	Id.....	111
»	La mujer bíblica.....	143
»	Id.....	173
»	Id.....	199
José Sánchez Rojas.....	Tierras de la Santa.—Paisajes teresianos.....	79
»	Id.....	104
»	Id.....	136
»	Id.....	170
»	Id.....	332
José Erice.....	El encanto de la Vega.....	87
María de Echarri.....	San José.....	206
Agustín Murua y Valerdi.....	Reina y Madre.....	211
»	Del libro de mis recuerdos.....	367
»	Un recuerdo y una oración por el alma del Sr. Arzobispo de Burgos.....	243
»	Pensamientos de San Agustín.....	246
»	Leyendo a Goëthe.....	257
»	A la memoria de S. A. R. D. ^a María Teresa.....	282
»	La vida de la malograda Infanta.....	331
»	In memoriam.....	339
»	Asamblea Eucarística interparroquial de Alba de Tormes.....	360
»	Las obras de la Basílica.....	266
Juan de Avila.....	¡Señor!.....	272
»	Carta de Santa Teresa a la Ilma. Sra. D. ^a María de Mendoza.....	274
Jacinto Benavente.....	La Infanta María Teresa y el pueblo.....	294
»	Discurso en Salamanca.....	

II.—POESÍAS

Pedro Gobernado.....	Pasando el Nilo.....	7
»	La plegaria del marino.....	54
»	Al malogrado poeta D. José M. ^a Gabriel y Galán.....	83
»	Cristo es Dios.....	102
»	Paz y porvenir.....	135

El castillo de Alba.....	105
Puente romano en Alba de Tormes.....	107
Convento de la Caridad (Ciudad-Rodrigo).....	121
Cipreses plantados por Santa Teresa en el Convento de la Encarnación (Ávila).....	132
Atalaya del Castillo ducal de Alba de Tormes.....	137
Convento de MM. Carmelitas de Alba.....	139
El Castillo de Alba.....	141
Dos ilustraciones de «Zurrón de pobre».....	150 y 153
Capilla de San Antonio en la Catedral de Salamanca.....	168
Sacratísimo Corazón de Jesús.....	186
Lord Wellington.....	196
Monumento elevado en los cerros de Arapiles.....	198
El guerrillero salmantino D. Julián Sánchez (El Charro).....	205
Una calle de Arapiles.....	205
Vista general del cerro mayor de los Arapiles.....	210
Los alumnos de la Escuela Normal de Maestros en el Arapil.....	215
Varios chicos del Pedagogium de excursión.....	227
Fr. Luis de León.....	235
Herida de amor.....	240
San Agustín, Obispo de Hipona.....	244
S. A. R. la Infanta Doña María Teresa.....	259
Aspecto de la Cuesta de la Vega al ser sacado el cadáver de la Infanta.....	264
El coche fúnebre a su llegada al Escorial.....	267
S. A. R. la Infanta Doña Paz de Borbón.....	273
S. A. R. la Infanta Doña María Teresa y sus hijos Don Luis y Don José.....	277
SS. AA. RR. Doña María Teresa y Don Fernando en su visita a las obras de la Basílica.....	280
S. M. el Rey Don Alfonso XIII.....	284
S. A. R. el Infante Don Fernando María.....	285
S. M. la Reina Doña María Cristina y sus hijos.....	287
S. A. R. el Príncipe Don Luis Fernando de Baviera.....	290
S. A. R. la Princesa Pilar de Baviera.....	296
Don Jacinto Benavente.....	301
Un serrano.....	321
Vista panorámica de Miranda del Castañar.....	322
El Castillo de Miranda del Castañar.....	323
Cuarta Capilla de la Basílica.....	330
Lápida dedicada a la memoria de la Infanta María Teresa.....	331
Ilmo. Sr. D. Francisco Jarrín, Obispo de Plasencia.....	337
Don Matías Monzón, párroco de Alba de Tormes.....	340

